

# El Obispo en la cárcel

Matías Camuñas

Cuando entras por primera vez en El Rodeo sientes una sensación extraña. Hay varios sentimientos mezclados. A lo largo divisas unas enormes rejas, vallas, los guardias con cara de pocos amigos, un montón de presos a la expectativa...

La requisita es la primera muestra de violencia y humillación. Yo estoy seguro de que en ningún lugar del mundo, en ninguna cárcel, se humilla tanto y tan groseramente como en cualquiera de las cárceles venezolanas. Para decir verdad, quienes peor fama tienen son «las requisadoras», unas señoras que, con todo el respeto que me merecen, uno no acaba de entender su oficio. Los primeros días de apostolado en El Rodeo a las mujeres del grupo, catequistas y religiosas, las enchinaban. Cada una de sus piezas tenía que sacudirlas al aire. De pie, en cuclillas, el salto de la rana. La madre del recluso, la esposa o la hija sabe de humillaciones hasta decir basta. Y eso, un día y otro día.

Con los hombres no varía mucho. «A uno le hacen perder el pudor humano», confesaba ayer el papá de un preso. «Lo aguantamos por los hijos, porque ¿qué no se hace por un hijo? Pero nosotros y nuestros hijos que están privados de libertad somos personas y tenemos dignidad».

Las armas —y eso lo sabe el director— las pasan los guardias y los vigilantes. Por cierto que en la mayoría de los penales revisan a todo el mundo, creo que hasta al director, pero a la Guardia Nacional ¿quién la revisa? Esta pregunta está de boca en boca... A la Guardia Nacional no hay quien la revise. En

Sabaneta, cuando la tragedia de enero, eran señalados distinguidos de introducir las armas. Y, si en alguna ocasión le encontraron un arma a un familiar, es la excepción que confirma la regla, porque ellos saben que el negocio de las armas no viene de los familiares.

Es pública igualmente otra clase de negocios. La comida, por ejemplo. El bombo de reclusos a otras celdas viene a valer unos 15.000 bolívares. Esto le estaban cobrando a César Piñango, de Petare. Cambiarlo del pabellón 1 al 3. Nos enteramos y la Dra. Mirna Yépez nos hizo la segunda. Un vigilante le dijo a un papá amigo que, si quería pasarle una pistola a su hijo, él se la pasaba. Por la módica cifra de Bs. 15.000.

Monseñor Mario Moronta, con su presencia en El Rodeo, ha desmonta-

do mucha retórica, mucha habladera sin base, y ha puesto el dedo en la llaga. El Obispo Moronta se ha puesto a la cabeza de la comunidad cristiana y nos está invitando a descubrir a Jesús ahí. Yo lo vi, yo pude comprobar el respeto, la atención, el cariño incluso con que Monseñor vivió esas horas. Habló poco, escuchó casi siempre. Fueron los presos los que hablaron, los que iban agarrando confianza, los que salían de su primer asombro de ver con ellos, por primera vez, a un Obispo. Cercano, muy atento, mostrando en su rostro la sensibilidad ante esta situación pecaminosa como es la cárcel de El Rodeo. Tal y como está, tan sucio, tan hediondo, sin comedor, en esas condiciones... este penal es la prueba evidente del pecado.

Las catequistas de la parroquia Corpus Christi de La Urbina, la Comisión de Justicia y Paz y los miembros de la Comunidad parroquial Sagrado Corazón de Jesús de Petare, acompañamos a Monseñor. Con Mélida Parra y su canción a los hermanos presos. Con Inigo y todo su arte convertido en amor y solidaridad. Canciones de Alí, emoción de sentir en medio de nosotros a Jesús amigo y hermano. «Dios les ama, muchachos; Dios les ama», fue el mensaje insistente de Monseñor Moronta. «Dios confía en ustedes, Dios espera lo mejor, tengan ánimo».

Fue una celebración cristiana, de mucha profundidad espiritual. Fue mucho lo que escuché Monseñor, lo que vio, lo que vivió. Creo que en todos los que participamos resonó la voz fuerte del Nazareno: «Que tuve hambre, que estuve desnudo, que cuando estuve preso viniste a visitarme, acompañándome, dándome tu tiempo, tu solidaridad, tu atención».

Desde esta Comisión de Justicia y Paz es poco lo que podemos conseguir. Me refiero a resultados palpables: beneficios, boletas de libertad, agilidad de expedientes, etc... Es más, algunos presos amigos, cuando se ponen



bravos, nos insultan y nos dicen que somos igual que los políticos, que hablamos y no conseguimos nada. Y hasta puede que lleven razón. No tenemos poder y sufrimos la misma impotencia ante tanta corrupción. Ofrecemos lo que tenemos: esperanza, solidaridad, toda la fe del mundo en que sí vamos a transformar esta situación pecaminosa en una experiencia de vida.

Cada uno de los miembros de la Comisión y las personas de la parroquia hemos llorado con infinito dolor la muerte de Wilfredo, al que conseguimos operar de colostomía, el negrito simpático, el de la sonrisa abierta, el que me escribía dándome las gracias porque no lo dejaba morir. El preso más contento del Retén de Catia, en Observación, cuando el 24 de septiembre pasado, Virgen de la Merced, le visitamos. El buscó la mesa del altar, él preparó, lleno de alegría y risa, la misa, porque allí estaban sus amigos. El sabía que mucha gente de la parroquia le quería. Y a los cinco días, el 29, a las 9,30 de la mañana, en un complot traicionero de enemigos, fue chuceado. Le clavaron por la espalda y le rompieron el corazón. Durmieron para siempre la risa blanca de

este negrito. Dios sabe que en esta muerte hemos muerto un poquito también nosotros.

Un primo suyo fue a verificar si el finado era Wilfredo. Un guardia le gritó lo de siempre: esa rata, esa lacra... Era pura vida, todo esperanza. Era un hijo querido de Dios.

Monseñor Moronta ha visto la cárcel desde adentro. Sin retoques, sin arreglos. Que no le vengan directores, funcionarios de Ministerios, autoridades pasajeras, que no le vengan hablando paja. En estos momentos estamos proponiendo alternativas concretas y reales para dar solución al infierno que viven los reclusos. Es fundamental la participación activa y constante de los familiares. Insistimos que no hay voluntad política de acomodar esta problemática.

La Guardia Nacional debe ser cambiada. Por lo menos cambiar sus mandos. No es posible que a estos jóvenes oficiales los eduquen para golpear, para humillar, para vejar, herir, maltratar. No hacen nada bien. Lo digo con toda responsabilidad. Maltratan a los familiares, maltratan a los internos. Han de expulsar a todos los vigilantes malandros y delincuentes que cargan tremendas armas. Educa-

ción y preparación para los funcionarios penitenciarios. Respeto, señores, respeto al derecho más elemental, como es la dignidad y la vida. En las requisas a los reclusos, los guardias y vigilantes roban zapatos, comida, ropa, televisores, radios y sigue y sigue. Ellos roban a los presos.

Monseñor Mario Moronta en El Rodeo. El Sr. Cardenal en La Peste. La Vicaría Episcopal con El Amparo. Los textiles, HRH, y el templo de la Catedral. La defensa del piaroa, Los Cañizos...

Es el Pueblo de Dios, Obispos, religiosas, sacerdotes, laicos, aún caminando por el desierto pero en la busca de esa tierra nueva, de esa nueva sociedad, de esa vida de justicia, de fraternidad, de participación y solidaridad.

Justicia y Paz de Petare quiere agradecer a Monseñor Mario Moronta este espaldarazo que con su presencia ha dado a las reivindicaciones de los reclusos y este llamado a la conversión profunda del corazón.

Y que el Dios de la Misericordia ha recibido al negrito malandro. Un ángel más que adorna el manto de la Virgen de la Merced.

REVISTA

**Juntos**

La Revista de la Acción Popular

Publicación Trimestral

Editada por

**CESAP**

CENTRO AL SERVICIO DE LA ACCIÓN POPULAR

*Desde hace 4 años el Centro al Servicio de la Acción Popular (CESAP), presenta a las organizaciones comunitarias del país este Medio de Comunicación como herramienta de acción y reflexión, con el propósito de convertirse en referencia para la actividad del Movimiento Popular Nacional e Internacional; como expresión libre de sus opciones, esperanzas y luchas, convocando el bienestar social necesario.*

SUSCRIPCIÓN: Bs. 600,00 (4 números al año)

NUMERO SUELTO: Bs. 60,00

COLECCIÓN DE 20 NÚMEROS GRATUITA PARA SUSCRIPTORES

San José a San Isidro, (Al Lado Abadía), Caracas 1010-A, Aptdo. 4240, Venezuela

Tel. 81-38-85/ 862-74-23 Fax: 862-71-82